

[Otra edición: *Numisma*, vol. XIV, n.º 71, noviembre-diciembre 1964 (*Homenaje a D. Pío Beltrán Villagrasa*), 9-16. Versión digital por cortesía de los herederos del autor, revisado y con cita de la paginación original].

© Herederos de Antonio García y Bellido

© De esta versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Mercenarios y auxilia africanos en España en la Antigüedad

Antonio García y Bellido

[9→]

Más que la vecindad de África a nuestras costas meridionales fue la normal composición de los ejércitos púnicos lo que hizo que, ya desde los preparativos de la II Guerra Púnica hasta su final, intervinieran en todas las acciones militares de los cartagineses en España una masa considerable de soldados norteafricanos, en general, y muy en particular númeridas y mauros. En efecto, no hubo acción militar cartaginesa en la Península sin que intervinieran tropas norteafricanas, númeridas y moras en su mayoría, y ello vale incluso para las acciones en las que los textos no recogen su presencia. Tan obvia resulta ésta dada la estructura habitual del ejército púnico!.

Por supuesto estos africanos hubieron de formar parte ya de los primeros contingentes desembarcados por los cartagineses en España tan pronto como incluyeron la Península en su plan de ataque a Roma. Pero no siempre se sabe con precisión la oriundez de estas tropas africanas. Hay casos en que se dan puntualmente los nombres de los pueblos de donde proceden, pero en general se suelen citar como *Afri* o Λιβύες. Una excepción notable es la Polybios cuando enumera las tropas que Hannibal situó en la Península antes de partir para Italia. De ellas hablaremos líneas más abajo.

1. LA PARTICIPACIÓN AFRICANA EN LA PENÍNSULA DURANTE LA II GUERRA PÚNICA (220-200)

Prescindiendo del dudoso episodio de los carros cargados de leña (App. *Iber.* V) en el que se citan unos libyos en el ejército de Hamilkar, el primero de los testimonios que nos sale al paso cronológicamente se refiere a la toma de Salmantica [9→10-] (Salamanca) por Hannibal (220?) cuando el general cartilágines entró por lo que hoy es Castilla la Vieja con el fin de sujetar estos pueblos y cosechar aliados o mercenarios con que alimentar su ejército. Los africanos aquí citados son los massaisylios, es decir, gentes reclutadas en la actual región de Oran. Estos massaisylios fueron encargados de vigilar a los salmantinos que tras una inútil resistencia hubieron de darse a los cartagineses inermes. Dícese que, viendo como los demás soldados se entregaban al expolio de la ciudad, ellos, los africanos, ávidos también de botín, abandonaron su guardia para dedicarse al robo (Plut. *Virt. mul.* 248 e).

Poco después, en el 218-19, en vísperas de la expedición a Italia, Hannibal hubo de asegurarse de su retaguardia cambiando guarniciones entre África y España. Puso gentes hispanas en aquella y trajo de allí gentes africanas a España. De las tropas hispanas que entonces se enviaron a África no hemos de hacer aquí mérito. Recordaremos sólo que eran en total 15.920 españoles (contando también los baleares). Respecto a los contingentes africanos traídos a la Península adelantemos que Hannibal prefirió tropas ligeras, en especial iaculatores, es decir lanzadores de jabalina (*maxime iaculatonim, levium armis, petit*, Liv. XXI 21,11). Se le mandaron, en total, 15.200 hombres. Eran en su ma-

yoría africanos (*Africis maxime praesidiis*) pero también había algunos de otras procedencias como ahora veremos.

En efecto, la composición o mejor el origen étnico de estos 15.200 hombres era el siguiente según Polybios (III 33 15-16) y Livius (XXI 22? 2 ss.): 11.850 infantes africanos (*Afri*, en Livius; Λιβύες en Polybios); 450 jinetes libyphoenices, que —explica Livius— «eran gentes mixtas de púnicos y africanos indígenas» (*mixtum Punicum Afris genus*); 1.800 númidas y moros de las orillas del Océano de los que Polybios, apurando más los datos, enumera —a más de los citados númidas y mauros— los massylios, massisylios y makkos. En total estos africanos sumaban, pues, 14.100 hombres, a los que hay que añadir ahora 300 ligures, 500 baleares y 300 jinetes hispanos ilergetes, de la actual región catalana que, en suma con los africanos, hacen el total antes expreso de 15.200 hombres. De los massisylios dijimos antes que habitaban en el Oranesado, al O. de la actual Argelia. Los massylios vivían en la zona E. de Argelia y parte contigua de Túnez, región de los númidas y del reino de Massinissa. En cuanto a los makkos éstos han de ser los que en un tiempo habitaron la costa de la actual Libia, por la parte de la Syrtis Maior. En resumen: gentes todas que ocupaban la faja costera de África del N. entre el Océano Atlántico (mauros) hasta Cyrenaica (makkos) ¹. Advirtamos, empero, que estos pueblos no son señalados siempre, exactamente, en el mismo lugar por los documentos posteriores. Estas fueron las gentes traídas a España entonces. Naturalmente, aunque no siempre se haga constar con tanta precisión ², hemos de suponer que estas aportaciones fueron continuas y [-10→11-] mayores que las que los documentos conservados podrían hacer suponer si nos atuviéramos sólo a los testimonios conocidos.

De entre estos africanos salieron sin duda los 500 que tomaron parte en la operación de minar las murallas de Saguntum (219), labor fácil, pues como dice Livius, eran de piedra unida con barro (Liv. XXI 11, 8. Los llama simplemente *Afri*).

De la participación de los africanos en el sitio del oppidum de Indibilis (Front. *Strat.* II 3, 1) hemos de decir tan sólo que la comparación que con este motivo se hace entre iberos y africanos es meramente ocasional y se refiere tan sólo a la disposición de ánimo de unos y otros en aquella coyuntura, precisamente (218).

En esta batalla Hannón puso a los españoles (*robusti milites*) en el ala derecha y a los africanos (*minus viribus firmi sed animis constantiores*) en la izquierda. Scipio destruyó el ala africana, obligando a que los españoles se entregaran sin resistencia.

Hasta el año 216 no volvemos a registrar la presencia de los africanos en España, al menos en los documentos llegados a nosotros. En este año cuéntanos Livius (XXIII 26, 2) que Hasdrubal recibió de su patria un refuerzo de 4.000 infantes y 1.000 jinetes. Ello le permitió acometer una empresa para salir de la inactividad en que se encontraba antes. La empresa fracasó no bien iniciada y dio lugar a que se alzasen en rebelión los tartessos. Fue contra ellos contra los que hubo de emplear sus fuerzas y con ellas a los jinetes númidas. Allí lucharon, por tanto, africanos y españoles frente a frente. Con tal motivo Livius hace una curiosa comparación entre los guerreros de ambas nacionalidades, diciendo que ni el jinete númida podía contener al español ni el mauro que luchaba con jabalina (*iaculator*) al caetrato hispano que usaba la caetra, escudo pequeño y redondo, como defensa. «Este —concluye Livius— si bien era igualado en ligereza por el mauro, superábalo en vigor físico y fortaleza de ánimo» (*Nec Numida Hispano eques*

¹ RE. s. v. Masaesyli, Massyli y Μακκόοι.

² Los datos son concordantes en Polybios y Livius, y proceden, según el primero dice explícitamente, de la placa de bronce que Polybios halló en el templo de Hera Lakinia, en Kroton (S. de Italia), placa escrita por el mismo Hannibal. (Cfr. Pol. III 33, 17-18 y 56, 4.).

par fuit, nec iaculator Maurus caetrato, velocitate pari, robore animi virumque aliquantum praestanti, Liv. XXIII 26, 11). Tampoco ha de tomarse esta comparación sino como puramente circunstancial, momentánea, pues Livius se refiere a la actuación de ambos en la acción que narra. Por este tiempo el Senado cartilágines envió a España nuevos contingentes al mando de Himilkon, pero no se dice su cuantía (Liv. XXIII 28, 2).

En el año 215 los acontecimientos de España fueron sumamente adversos para los púnicos. Livius asegura que este año la causa romana alcanzó éxitos más importantes en España que en Italia. Hasdrubal había reunido un gran ejército en la Península con el fin de conducirlo a Italia donde lo reclamaba Hannibal con premura. Para engrosarlo habían enviado de África nuevos contingentes a las órdenes de Mágón (Cassius Dio, en Zonaras IX 3). Los romanos, empero, noticiosos de tales preparativos, se dispusieron a cortar el paso de este ejército a Italia. En consecuencia salieron a su encuentro en el Ebro. La batalla tuvo lugar en una localidad que las fuentes no precisan pero que ha de situarse hacia la desembocadura del río, hacia Tortosa. Livius describe el dispositivo adoptado por Hasdrubal. Puso en el centro a los españoles, que tenían a su derecha a los [-11→12-] cartagineses y a su izquierda a los africanos y mercenarios. En las alas situó a los númidas (derecha, pegados a la infantería cartaginesa) y a los mauros (izquierda, junto a los africanos). De los númidas dice esto: «no se colocaron todos en el ala derecha sino sólo aquellos que, como los jinetes de circo, llevan dos caballos y saltan en plena pelea del fatigado al fresco. Tanta es la agilidad y docilidad de aquella raza de caballos» (Liv. XXIII 29, 4-5). Aunque se enumeran varios pueblos, el mismo Livius hace resaltar que en el ejército de Hasdrubal «casi todos los soldados eran españoles» (*máxima pars Hispani erant*, Liv. XXIII 29, 8). Ello fue el principal motivo de la derrota cartaginesa, pues como estos soldados sabían que, de vencer en España su destino era ir con Hasdrubal a Italia, prefirieron quedar vencidos aquí que salir vencedores para allá. Al primer encuentro, en efecto, cedió todo el centro provocando la catástrofe pues los númidas y mauros al ver derrumbarse el frente huyeron en confusión. El ejército de Hasdrubal, que estaba destinado a Hannibal en Italia, quedó deshecho en España antes de atravesar el Ebro. Si el dato de Eutropius es aplicable a este hecho, en la batalla perdieron 35.000 hombres. Para reparar de algún modo estas enormes pérdidas —añade el mismo Eutropius en III 11— Carthago hubo de enviar a España 12.000 infantes y 4.000 jinetes más 20 elefantes. Livius (XXIII 32, 5. Cfr. *ibidem* 11) da las mismas cantidades salvo en lo referente a la caballería que evalúa en 1.500. Este ejército, en realidad, estaba destinado a Italia, pero acontecimientos varios hicieron que derivara hacia la Península.

En el año 211, con ocasión de la batalla habida cerca de Castulo (Cazlona) donde perdieron la vida los dos Scipiones, es citado por vez primera en España el célebre príncipe númida Massinissa, un «enemigo nuevo» (*novus hostis*) para los romanos según frase de Livius. Tenía Massinissa entonces unos 27 años. Era pues un joven. Ya desde el primer momento iba a destacar renunciando al destino de su vida, larga, brillante, inquieta, ambiciosa y de varia fortuna. Ahora jugaría su papel en favor de Carthago, pero dentro sólo de un lustro lo desempeñará en el de Roma, a cuya sombra logrará hacerse dueño de todo el N. de África, desde Mauretania hasta Cyrenaica, en la que aún reinaba cuando le llegó la muerte a los 90 años (149 a. de J. C.). Massinissa era hijo de Gala, rey de los massylios. Se había educado en un ambiente helenizante, pero en la propia Carthago, de la que él, como todos los régulos del África Menor, era virtualmente vasallo. El año anterior a su venida a España (213), había tenido que luchar contra Syphax, su vecino, rey de los massaisylios sublevados entonces contra la insostenible tiranía de los Cartagineses. Después vino a la Península formando parte del

ejército de Hasdrubal a la cabeza de la famosa caballería núnida. Tan pronto como llegó ante el campamento de Scipio se hizo notar de éste entreteniéndolo con constantes provocaciones, de día como de noche, ya persiguiendo a los soldados que iban a forrajear o a recoger leña, ya caracoleando delante de las líneas romanas, ya penetrando en los puestos y sembrando por doquier e inesperadamente la alarma y el cuidado (Liv. XXV 34). En la batalla reñida a poco de su llegada (batalla que terminó con una de las victorias más aplastantes de los carthagineses y que costó la vida a los Scipiones) Masinissa y sus núnidas tomaron parte muy [-12→13-] principal, junto con el español Indibilis, exterminando al derrotado ejército romano y matando finalmente a Gn. Scipio en su último reducto (Liv. XXV 37; App. *Iber.* XVI).

La batalla de Baecula (208), habida cerca de la actual Bailén, fue adversa a los Carthagineses. En ella también se distinguieron los jinetes de Massinissa (Liv. XXVII 18), pero les afectó duramente la derrota general. De los prisioneros cogidos por los romanos todos fueron vendidos como esclavos. Se cuenta que entre los cautivos sorprendió a Scipio la presencia de un muchacho de excelente porte, Massiva, sobrino de Masinissa. Desoyendo el mandato de su tío, Massiva, cogió las armas y se mezcló, lleno de ardor, en el combate donde cayó prisionero. Scipio lo devolvió a Massinissa y le regaló un anillo de oro, una toga laticlava, un manto hispano con fibula de oro y un caballo enjaezado (Liv. XXVII 19).

Tras de Baecula y ante la gravedad de la situación hubo un consejo de guerra entre los generales romanos. En él se acordó confiar a Massinissa 3.000 hombres, escogidos, los mejores de toda la caballería, para razziar los campos enemigos de la Celtiberia y proteger los de los aliados de Carthago. (Liv. XXVII 20, 8),

Como es sabido a la derrota de Baecula (208), siguió la de Ilipa (206) que terminó con el dominio cartilágines en la Península. Fue tras de esta última batalla, cuando Masinissa, que había luchado con nobleza (Pol. XI 21 ss.; Liv. XXVIII 13 ss.) decide entenderse con los romanos. Ya antes, en la citada batalla, se habían pasado a ellos algunos contingentes de núnidas sin duda los mismos que vemos formar luego entre las tropas auxiliares romanas en la toma y destrucción de Iliturgi (*Transfugas Afri, qui tum inter auxilia Romana erant.* Liv. XXVIII 20, 1). Massinissa, viendo la general desbandada de los jefes púnicos y en primer lugar la de Hasdrubal, que abandonó al ejército durante la noche embarcando para Cádiz, optó por tratar secretamente con los romanos de su admisión en las lilas hasta entonces enemigas. Así se acordó y, de entonces en adelante, Massinissa fue fiel aliado de Roma hasta su muerte. (Liv. XXVIII 16, 11 ss. y 35, 1 ss.).

Los intentos desesperados que aún hicieron los punidos por restablecer su imperio sobre España estaban condenados ya al fracaso más rotundo. Se tienen noticias, por ejemplo, de un desembarco de Magon en Cádiz al frente de un contingente de reclutas reunido en el N. de África. Con ellos entró por el valle del Baetis logrando atraerse con dones a unos 4.000 hombres. Pero a poco fueron sorprendidos y aniquilados. (Liv. XXXVII 30, 1-2).

2. TROPAS AFRICANAS EN ESPAÑA ENTRE EL AÑO 200 Y CAESAR

La caída de Carthago tras la II Guerra Púnica no implicó un cambio radical en lo referente al envío de fuerzas militares africanas a la Península. Los nuevos dominadores del Norte de África practicaron la misma política de alianzas con los régulos indígenas que habían cultivado los carthagineses. Por tanto, los romanos siguieron sacando tropas africanas para servir sus propios intereses, fuesen los del Estado romano, fuesen los per-

sonales de aquellos que se disputaron el poder [-13→14-] en las varias guerras civiles que hubo de padecer Roma durante la República. Los africanos cambiaron de dueño pero no de destino.

Por lo que toca a la Península Ibérica, a lo largo de estos dos siglos precursores de Cristo no faltaron en ella los africanos formando tropas o bandas al servicio romano. Las guerras constantes que durante ambas centurias hubo de sostener Roma con los pueblos indígenas ibéricos y sus propias contiendas civiles aquí dirimidas, obligó a los régulos vasallos del romano a enviar en varias ocasiones refuerzos más o menos importantes. Así en 151 a. de J. C. Massinissa, que de joven sirvió los intereses de Carthago como hemos visto, facilitó a Scipio Aemilianus un contingente de auxilia númidas al parecer cuantioso (*bonam magnamque partem Numidici exercitus*. Val. Max. V 2 ext. 4). Diez años después Micipsa, rey entonces de Numidia, hubo de enviar a España un destacamento de 300 jinetes más 10 elefantes con los que Fabius Maximus Servilianus pudo engrosar su ejército entonces ocupado con Viriathus (App. *Iber.* 67).

La Guerra Numantina, llaga abierta y enconada, absorbió también su correspondiente aportación de auxilia africanos. Micipsa se vio obligado a enviar a España en el 134 nuevos refuerzos de tropas de caballería y de infantería. El rey númida, que quería deshacerse de Iugurtha, el joven príncipe nieto de Massinissa, enviólo al frente de la expedición pensando habría de ser víctima «bien de su temeridad bien del furor de los numantinos». Iugurtha, empero, no sólo pervivió sino que además supo ganarse la amistad y admiración de Scipio e imponer respeto a los numantinos (Sall. *Iug.* 7). No sabemos la cuantía de estos refuerzos, pero, según Appianós, cuando Iugurtha se incorporó a Scipio en Numantia, probablemente en el otoño del año 134, llevaba 12 elefantes y los correspondientes saeteros y honderos (App. *Iber.* 89). Es difícil aceptar que los paquidermos pudieran invernar en la Meseta soriana por lo que vale más suponer que Iugurtha hubo de dejarlos en tierra de clima más propicio y llevar sólo los elefantes y jinetes de que habla Sallustius.

Estos son los casos conocidos, pero probablemente no los únicos. Hemos de sospechar una afluencia más constante, y acaso más numerosa, de la que desgraciadamente no nos han llegado pruebas.

Durante las Guerras Sertorianas se citan al servicio del general romano en España setecientos libyos que el partidario de Marius había traído de África cuando fue llamado a España por los lusitanos (Plut. *Sert.* 12). A este mismo contingente, o a otro nuevo, hubieron de pertenecer los mauritanos citados por el mismo autor poco después (Plut. *Sert.* 13) y los libyos que vemos figurar en la batalla de Sucro, dada en el año 75 a. de J. C. cerca de Valencia (Plut. *Sert.* 19). En todo caso Λιβύες es un término más amplio que Μαυρούσιοι.

3. BOGUD, BOCCHUS II Y IUBA II DE MAURETANIA EN ESPAÑA

Mientras Caesar se hallaba en el Oriente tras de Pompeius, gobernaban en España a su nombre Q. Cassius Longinus, en la Ulterior y M. Aemilius Lepidus, [-14→15-] en la Citerior. Cassius Longinus no supo ganarse a su provincia en la que se hizo odioso, incluso para sus mismos colaboradores de gobierno y milicia. Cassius sufrió un atentado del que salió con vida por pura casualidad, pero lo más grave fue la sublevación de dos de sus legiones y que se le opusiese su propio delegado M. Marcellus Aesernius quien cercó a Cassius en Ullia (Montemayor, Córdoba). En esta situación Cassius hubo de llamar en su ayuda al rey de Mauretania, Bogud.

Atento al servicio de Caesar y de su lugarteniente, Bogud viene a España con una legión a la que añadió muchas cohortes de españoles. En el cerco de Ulia se juntaron pues, Cassius como sitiado, M. Marcellus como sitiador y Bogud de Mauretania como partidario del sitiado, todos con tropas legionarias y con auxilia hispanos. A estos tres vino a unirse luego el gobernador de la Citerior, Aemilius Lepidus, que llegó al campo de Ulia con treinta y cinco cohortes legionarias y gran número de jinetes y otros auxiliares. Su propósito no era otro que mediar entre ambas partes, entre Cassius y Marcellus, ambos cesarianos pero discrepantes y enemigos. La torpe conducta de Cassius y de su aliado Bogud hizo que Aemilius Lepidus rompiera su neutralidad y se pusiese con sus fuerzas al lado de Marcellus. Cassius hubo de huir de Ulia y embarcar en Málaga perdiendo su vida en un naufragio (*B. Alex.* 62 ss.; Cfr. también *Liv. frags.* 36, 37 y 39). Todo esto ocurría en el año 48 a. de J. C.

Era Bogud rey de la Mauretania Occidental —entre el Océano y el Muluya— vecino y, por tanto, rival de Bocchus II, de cuyos reinos le separaba el río citado. En las guerras entre Caesar y los pompeyanos Bocchus se puso al lado de éstos y Bogud tomó el partido de Caesar. Como tal lo hemos visto ahora actuar en Ulia defendiendo la causa «oficial» —en este caso la peor— de Cassius.

Poco después vuelve a aparecer en Munda al lado del dictador. Aquí lucharon ambos monarcas, Bogud y Bocchus. Este, como era de esperar al lado de los pompeyanos. Ambos reyes llevaban mucha gente. Bogud capitaneaba a la suya en persona. No así Bocchus, que se hizo representar por sus hijos (*Cass. Dio XLIII 36, 1*). Si las referencias no exageran demasiado habría motivo para creer a los más entusiastas de la versión que atribuye a Bogud la victoria de Munda. Pero aunque ello no se acepte en su plenitud, sí habría que atribuir a la actuación del príncipe marroquí el papel de la casualidad decisiva, el *Deus ex machina*. En efecto, fue éste quien, sin saberlo, originó el brusco cambio de la suerte en aquellos momentos adversa a Caesar. La batalla había transcurrido indecisa. A última hora se torció para Caesar hasta el punto de que él mismo hubo de descabalgarse y combatir cuerpo a cuerpo en primera línea buscando más la muerte que la victoria, en la que ya no confiaba. Entonces ocurrió un hecho curioso. Bogud, que no había tenido aún ocasión de entrar en acción, se dirigió de pronto hacia Pompeyo, lo que, advertido por Labienus, hizo que éste partiera al encuentro del mauro saliéndose de su puesto de combate. Los pompeyanos que lo vieron partir sin haber advertido la razón, creyendo que huía, se dieron a su vez a la desbandada provocando la victoria de Caesar pues, aunque pronto se dieron cuenta de su error, ya éste había causado un mal irremediable (*Cass. Dio XLIII 38*).

Tras el asesinato de Caesar en los famosos idus de marzo del año 44 se encendió [-15→16-] de nuevo la guerra civil entre los partidarios de Octavianus, el futuro Augustus, y los de Antonius. Como es natural la perpetua rivalidad de los monarcas mauritanos salió de nuevo a relucir poniéndose Bogud de parte de Marcus Antonius y Bocchus de Octavianus, cada cual buscando una solución a sus ambiciones personales.

En la Península Ibérica la opinión se inclinaba en su mayoría por Octavianus. Como contrario de él, Bogud entró en la Baetica el año 38 hostilizando a su legado Gn. Domitius Calvinus, gobernador de ambas Hispanias Citerior y Ulterior. Sin duda, Bogud obró por mandato de Antonius y ello, al parecer, de mala gana, pues su trono se tambaleaba y exigía su presencia en Tingis (Tánger). En efecto, sabemos que L. Antonius, hermano del triunviro, ya le había incitado a ello tres años antes, cuando era legado de Octavianus en España G. Carrinas (*App. BC. V 26* donde hay que sustituir Bocchus por Bogud; *Cass. Dio XLVIII 45, 1*). De su intervención en España poco sa-

bríamos a no ser por un texto tardío que ahora presentaremos, pues Cassius Dio (*ut supra*) no dice sino que hizo mucho daño y que también lo recibió. En cambio, por Porphyrios (*De Abst.* I 25), sabemos que puso sitio al santuario herákleo de Cádiz dueño de grandes riquezas sin duda con el propósito de hacerse dueño de ellas. El asedio parece fue prolongado y la defensa obstinada, pero sin éxito para el africano, ya que los de Octavianus, ayudados por el enemigo de Bogud, Bocchus, lograron que aquél levantara el sitio trasladándose a Tánger donde se le habían sublevado sus súbditos. Bogud perdió su reino, del que se hizo dueño Bocchus, hecho que luego confirmó Octavianus. Vencido y sin patrimonio Bogud buscó refugio junto a Antonius, siguiendo su suerte. Murió en Methone de Messenia el año —31.

Hijo de Iuba I de Numidia fue Iuba II, nacido hacia el año 50 a. de J. C. Según vagas noticias de Cassius Dio debió de acompañar a su protector, el emperador Augustus, en el N. de España ya que afirma (LI 15, 6) que le siguió en todas sus guerras, añadiendo más adelante (Idem, LIII 26, 2) que tras las guerras cántabras le dio los reinos de Bocchus y Bogud. Tendríamos, pues, que Iuba II estuvo en Cantabria los años 26-25 contando el joven príncipe unos 25 años. En todo caso España cuidó de honrarle más de una vez. Fue duovir de Gades (Avienus *OM*, 275 ss) y patronus y duovir quinquennalis de Carthago Nova (*CIL* II 3417 = Dessau 840).